PERROCK HOLMES

NOCHE DE PAZ, NOCHE DE MISTERIO

ISAAC PALMIOLA

montena

PERROCK HOLMES

NOCHE DE PAZ, NOCHE DE MISTERIO

ISAAC PALMIOLA

ILUSTRADO POR
NÚRIA APARICIO

Montena

Diego

Es un genio de la informática y la tecnología. Usa tabletas, ordenadores y móviles con la misma facilidad con la que se hurga la nariz. Para él, la bruja de su medio hermana es peor que un grano en el culo.

Julia

No se arruga ante nada. Dice lo que piensa sin cortarse un pelo y es tan convincente que podría venderle una nevera a un esquimal. Adora los libros de misterio y le apasionan los casos peligrosos.

Doctor Gatson

Los osos perezosos parecen hiperactivos al lado de este gato gordinflón. Gatson nació cansado y no suele moverse mucho a menos que le ofrezcan comida de la buena (pienso no, gracias). Sus grandes pasiones son comer y dormir, pero aunque parezca mentira, a veces se le da bien investigar. Es capaz de hablar con Perrock y sus amos, y tiene una imaginación muy retorcida para gastar bromas.

Perrock

Es capaz de comunicarse con sus amos y detectar sentimientos en los humanos, algo que lo convierte en uno de los investigadores más eminentes del mundo. Travieso —casi gamberro—, es un ligón pese a

ser tan pequeñito. Su mayor debilidad son las perras altas, a las que trata de seducir sin excepción.

Capítulo 1

Aún faltaba una semana para las Navidades, pero en el comedor de casa todo estaba listo para la celebración: UNOS CALCETINES COLGANDO DE LA CHIMENEA, UN BELÉN LLENO DE FIGURITAS Y EL ÁRBOL DECORADO CON BOLAS DE COLORES, LUCECITAS Y UNA ESTRELLA DORADA EN LO MÁS ALTO.

Diego, Julia, Perrock y Gatson estaban sentados en el sofá escuchando la canción de moda en YouTube, alucinados por las imágenes del videoclip. Aquel temazo era tan pegadizo y daba tan buen rollo que (¡cosa rara!) les gustaba a los cuatro. En el estribillo, cuando la canción llegaba a su momento de máxima intensidad, el vídeo se paró de repente para dar paso a un anuncio.

—¡OTRA VEZ! —se quejó Diego, y cogió el mando a distancia, preparado para saltar la publicidad al cabo de cinco segundos.

Sin embargo, no lo hizo.

Aquel no era un anuncio como los demás. Era un anuncio increíble, de otro nivel, brutal… ¡Era… EL ANUNCIO!

Ya lo habían visto decenas de veces, pero todos se quedaron callados de nuevo con los ojos pegados a la pantalla.

En primer plano aparecía el célebre escritor David Cagallians, sentado en una butaca junto a un árbol de Navidad. En las manos tenía una tableta de turrón de chocolate Bartolo, un postre navideño delicioso.

—Felices fiestas a todos —dijo el escritor con una sonrisa en los labios—. Me llamo David Cagallians y tengo que daros una sorpresa. Algunos de vosotros ya sabréis que Roald Dahl es mi autor favorito y que adoro uno de sus mejores libros: *Charlie y la fábrica de chocolate*.

—David Cagallians abrió el envoltorio del turrón y con la mano izquierda mostró una fina lámina de color dorado—. Inspirado por mi colega Roald Dahl, he decidido esconder un BILLETE DORADO en el interior de esta tableta de turrón. —El escritor escondió la lámina dentro del envoltorio y volvió a cerrarlo herméticamente—. El niño o la niña que encuentre este billete dorado estará invitado a PASAR LAS NAVIDADES CONMIGO en mi casa de Laponia. Los dos juntos escribiremos un cuento de Navidad y su nombre aparecerá junto al mío en la portada del nuevo libro. ¡Queridos amigos, os deseo mucha suerte en vuestra búsqueda! ¡FELICES FIESTAS Y DISFRUTAD DE LOS TURRONES BARTOLO!

Cuando el anuncio se acabó, siguió sonando la canción de antes, pero ninguno de ellos volvió a emocionarse por el videoclip. No podían quitarse de la cabeza aquel anuncio de David Cagallians. Era normal, los dos adoraban al escritor. ¿QUIÉN NO, EN REALIDAD? Los libros de David Cagallians eran capaces de hacerte reír y llorar al mismo tiempo, y siempre te mantenían en vilo hasta la última página.

A Diego se le dibujaba una SONRISA BOBALICONA en la cara al imaginarse que encontraba el billete dorado, y a Julia le brillaban los ojos, fantaseando con sentarse al lado del autor para firmar libros ante una inacabable cola de fans.

—No os flipéis —maulló Gatson—. Tenéis tantas posibilidades de encontrar el billete dorado como de que esta noche el rey de Inglaterra me sirva personalmente una ballena asada para cenar.

—No les quites la ilusión —ladró Perrock—. **Yo sí creo en el milagro de la Navidad.**

—Ese milagro es imposible si no compramos alguna tableta de TURRÓN BARTOLO —gruñó Julia—. Y nuestros padres se niegan a hacerlo…

Era cierto. Ana, la madre, decía que, con la excusa del cuento de Navidad de Cagallians, los turrones Bartolo eran mucho más caros que los demás y que no valían la pena. El padre le daba la razón y añadía que no tenían que ser tan ingenuos y creerse todo lo que decían en los anuncios.

En ese momento alguien llamó a la puerta de casa y oyeron que su madre le daba las gracias. La mujer entró en la cocina de buen humor con una inmensa cesta llena de productos navideños.

—El Mystery Club os ha enviado una cesta de Navidad para desearos felices fiestas —dijo ella—. Debéis de haber resuelto un montón de casos. ¡ESTE AÑO INCLUSO HAY UN JAMÓN!

Cada año el Mystery Club les enviaba una cesta llena de manjares, y en esta ocasión habían sido especialmente generosos.

Gatson fue el primero en saltar del sofá para abalanzarse sobre el contenido de la cesta, pero no fue el único. Ana dejó la cesta encima de la mesa y todos se apresuraron a examinarla. Había un montón de productos: polvorones, galletas de jengibre, una caja inmensa de bombones, latas de melocotón y piña en almíbar, y varias tabletas de turrón de distintas clases. Entre ellas, una de la marca Bartolo.

Las manos rápidas de Julia se apresuraron a apoderarse de ella.

—¡NO LO ABRAS! —le pidió Ana—. ¡No comeremos turrones hasta Nochebuena!

—Y SI LLEVA EL BILLETE DORADO, ¿QUÉ? —repuso la chica—. Ya sería demasiado tarde para pasar la Navidad con David Cagallians. HAY QUE ABRIRLO AHORA…

Ansiosa, Julia abrió el envoltorio ante la mirada atenta de todos los demás.

Y fue entonces.

Imposible.

No podía ser.

Pero sí era.

Debajo de la barra de turrón se encontraba…

Capítulo 2

Julia no se lo podía creer: ¡TENÍA EL BILLETE DORADO EN LAS MANOS! Abrió los ojos como platos, eufórica, cerró los puños con fuerza y chilló llena de emoción.

Grave error.

Las zarpas de Diego se apoderaron del billete y el chico retrocedió dos pasos. Tenía el cuerpo encogido y lo frotaba con un brillo maligno en los ojos.

—¡ES MÍO! ¡MI TESORO!

A la joven investigadora le cambió la expresión de la cara. Al ver que le arrebataban el billete, pasó de la alegría absoluta a la rabia total.

—¡LADRÓN! ¡ES MÍO! ¡DÁMELO AHORA MISMO! —gritó.

Julia se abalanzó sobre Diego y los dos cayeron al suelo. Forcejearon dándose golpes, arañazos y mordiscos, y el billete iba de una mano a otra, mientras la pobre Ana intentaba separarlos sin éxito.

—Lo del billete dorado solo ha sido suerte —maulló Gatson con aire tranquilo—. El verdadero milagro de Navidad sería que

estos dos dejaran de pelearse como perro y gato.

—**Nosotros dos somos un perro y un gato** —le recordó Perrock—. **Y no nos peleamos…**

—Y luego nos llaman bestias a nosotros.

El enfrentamiento era feroz, con los dos hermanos rodando por el suelo golpeándose de lo lindo. Julia le mordió la mano a Diego para que soltara el billete, pero él consiguió apartar a la chica tirándole de la oreja con mala baba.

—¡BASTA YA! —ordenó Ana, y se interpuso entre los dos combatientes como un árbitro de boxeo.

Julia y Diego se levantaron del suelo con la respiración entrecortada y ojos furiosos. Diego tenía cuatro marcas de uñas por el arañazo que había recibido en la cara, mientras que Julia tenía la oreja derecha de color granate.

—Mi tesoro —susurró Diego, acariciando el billete con un brillo codicioso en la mirada.

—¡Es mío! —exclamó Julia—. ¡LO HE ENCONTRADO YO!

—¡Diego, dame ahora mismo el anillo! —exigió la madre—. Perdón…, el billete dorado, quiero decir.

Diego tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para soltarlo.

La madre lo mostró a los dos hermanos para que vieran lo que habían conseguido. El billete estaba hecho un auténtico asco: arrugado, estrujado y rasgado.

—Habéis tenido una potra descomunal al encontrarlo —dijo Ana—. ¿SE PUEDE SABER POR QUÉ OS PELEÁIS?

—Solo puede tener un dueño —explicó Julia—. Las reglas son claras: David Cagallians escribirá el libro con un niño o una niña… ¡UNO!

—¡Pues vosotros os comportáis como niños, pero ya sois jóvenes! —exclamó la madre—. ¡MADURAD UN POCO DE UNA VEZ!

—¡Lo sabía, lo quieres para ti! —acusó Diego a su media hermana.

—Pero Diego es un ORANGUTÁN, ¡no un niño! —intervino Julia—. Y yo soy la inteligente de los dos. Está claro: tengo que ir yo.

—¡ESO SERÍA UN INSULTO A LA LITERATURA! —replicó él—. ¡Pobre Cagallians, no podemos mandarle a Julia! Los ESCARABAJOS PELOTEROS tienen más imaginación que ella…

—¡CALLAOS DE UNA VEZ! —gritó la madre. Fijó la vista en el billete dorado y leyó el dorso—: Aquí está el teléfono de David Cagallians. Voy a llamarle.

Ana sacó el móvil y marcó el número de teléfono.

—Le habla David Cagallians —dijo la voz de un hombre al otro lado —. ¿Ha encontrado el billete dorado?

—Así es, pero tenemos un pequeño problema —respondió la mujer —. Tengo dos hijos y los dos quieren ir.

—No pasa nada, escribiremos el libro entre los tres —replicó Cagallians—. ¿Se portan bien?

Ana dedicó una mirada asesina a sus hijos antes de contestar:

—Se portan MUY BIEN. No se pelean NUNCA.

—Oye, si es un festín de Navidad, yo también quiero ir —maulló Gatson.

Ana suspiró, agotada.

—¿SERÍA POSIBLE QUE LOS ACOMPAÑARAN SUS DOS MASCOTAS? —preguntó ella—. Son un perro y un gato. También se portan muy bien, aunque el gato come mucho…

—Ningún problema —contestó Cagallians—. TODOS SON BIENVENIDOS EN MI CASTILLO.

Ana se despidió y colgó.

—PERFECTO. —Diego sonrió encarándose a su hermana—. Cagallians y yo descartaremos tus ideas y escribiremos una obra maestra entre los dos.

—FLIPAS EN COLORES —repuso Julia—. Como no vale la pena discutir con un tonto, diremos que sí a todas tus chorradas, y él y yo escribiremos lo que nos dé la gana.

Perrock y Gatson seguían la escena con su habitual parsimonia.

—Se llevan bien para resolver casos. ¿Crees que funcionará también cuando tengan que escribir? —preguntó el gato.

—**En absoluto, se arrancarán los ojos** —ladró Perrock—. **Pobre Cagallians, no sabe en qué lío se ha metido.**

Capítulo 3

El día de Navidad, Julia y Diego tomaron un avión muy temprano para ir a Finlandia, el país de David Cagallians. Les sabía mal no disfrutar de una fecha tan especial con sus seres queridos, pero no podían dejar pasar la oportunidad de su vida: ¡ESCRIBIR UN LIBRO CON SU ÍDOLO!

En el aeropuerto de Helsinki los esperaba un hombretón muy peculiar que sujetaba un cartel con ambas manos: DIEGO, JULIA, PERROCK Y GATSON. MEDÍA CASI DOS METROS, era ancho de espaldas y lucía una barba pelirroja que le daba aspecto de vikingo.

Aunque se habían abrigado mucho, allí nevaba y los dos hermanos empezaron a tiritar a causa de la GÉLIDA temperatura.

—Me llamo Aleksis, encantado de conoceros —los saludó el hombre, y se percató de que los dos jóvenes estaban temblando—. ¿TENÉIS FRÍO? Pero ¡si aquí hace calor! ¡ESPERAD A LLEGAR A LAPONIA!

Julia sabía pocas cosas sobre Laponia. Solo que era una región de Finlandia que se encontraba muy al norte del país, que en invierno hacía mucho frío y que los días solo DURABAN UN PAR O TRES DE HORAS. Por supuesto, también había oído decir que Laponia era el hogar de Papá Noel. La idea le encantaba, pero no estaba nada segura de que fuera verdad.

—¿VEREMOS A PAPÁ NOEL? —preguntó Diego.

El medio hermano de Julia no podía evitar emocionarse con el tema… Y, por lo visto, a Aleksis no le pareció una pregunta estúpida.

—Papá Noel es nuestro vecino —soltó con naturalidad—. Tal vez lo veamos, pero no os lo podré presentar. Ya os podéis imaginar que en estas fechas tiene muchísimo trabajo…

¡¿Serían vecinos de Papá Noel?! Por un momento, Julia estuvo a punto de creérselo, pero pensó que el hombre debía de estar tomándoles el pelo. Su hermano, por supuesto, se lo había tragado.

—¡OJALÁ VEAMOS A PAPÁ NOEL! ¡SERÍA INCREÍBLE! —exclamó.

Se montaron en un coche y se dirigieron hacia Laponia. El paisaje era hermoso, pero al mediodía ya se había hecho de noche y cada vez hacía más frío. La carretera estaba helada y la nieve cubría los inmensos bosques de pinos y abetos.

Al cabo de unas horas, se detuvieron porque era imposible seguir avanzando por carretera.

—A PARTIR DE AQUÍ TENDREMOS QUE IR EN TRINEO —explicó Aleksis.

¡EN TRINEO! Nunca se habían montado en uno. Y fue una auténtica aventura. Cargaron las maletas en un trineo tirado por doce perros huskies muy atléticos y cruzaron el bosque sintiéndose los elfos de Papá Noel.

De repente, un ruido de cascabeles hizo que todos giraran la cabeza hacia la derecha. Julia tuvo que pestañear para asegurarse de que lo que veía era real. A diez metros, más o menos, un trineo tirado por unos veloces renos pasó por su lado como una exhalación. El hombre que los comandaba era un anciano gordo y de barba blanca vestido de color rojo.

—Ese era… Ese era… —tartamudeó Diego con emoción.

—Papá Noel, sí —confirmó Aleksis—. Me sabe mal por él. Estos días está tan atareado que ni siquiera tiene tiempo para pararse a saludar…

—DEBE DE SER INCREÍBLE SER EL VECINO DE PAPÁ NOEL —comentó Julia, alucinada. Ahora ya empezaba a creérselo.

—Lo es —respondió Aleksis.

—Y también DEBE DE SER MUY EMOCIONANTE VIVIR CON UN ESCRITOR como David Cagallians —añadió ella.

—¿Emocionante? —Ahora Aleksis pareció ponerse de mal humor—. ¡MUCHO! David Cagallians es infantil y caprichoso. La de veces que me he tenido que levantar a las dos de la madrugada para acompañarlo a dar un paseo en trineo por el bosque. ¡Y mi mujer está hasta la coronilla! Llega a despertarla hasta tres veces algunas noches para que le prepare un chocolate caliente…

—A lo mejor lo necesita para inspirarse y así escribir esos LIBROS TAN MARAVILLOSOS… —dijo Julia.

—¡Pues que se lo prepare él mismo! —exclamó el hombretón, indignado—. ¡Tiene sesenta años, no cuatro!

Julia y Diego intercambiaron una mirada de sorpresa. Les costaba entender que hubiera alguien que no admirase a David Cagallians.

—Por suerte, hace tiempo que no escribe nada de nada —continuó Aleksis—. Mi esposa y yo estamos mucho más tranquilos, la verdad.

—¿NO ESCRIBE NADA? —preguntó Diego, preocupado.

—NADA —respondió Aleksis—. Supongo que por eso ha montado este circo del billete dorado y los turrones Bartolo. Necesita a alguien que le ayude a escribir un nuevo libro.

Debía de ser cierto. David Cagallians llevaba dos o tres años sin

sacar nada nuevo, y eso que había escrito más de cien libros a lo largo de su carrera. Era muy raro que llevara tanto tiempo sin publicar una novela nueva.

—YA HEMOS LLEGADO —anunció Aleksis.

Delante de ellos se encontraba la solitaria e inmensa casa de color rojo de David Cagallians. Al bajar del coche comprobaron que el frío era espantoso. Los dos hermanos se miraron con preocupación mientras se soplaban las manos para calentarse. No lo habrían confesado en voz alta, pero ambos esperaban que David Cagallians llevara la iniciativa con la escritura del libro. Lo suyo no era crear historias, sino investigar casos, y no tenían nada claro que pudieran ayudarle.

Capítulo 4

Muchos de los invitados a la comida de Navidad iban vestidos de gala, pero se notaba que David Cagallians acababa de levantarse y se había vestido corriendo. De todos modos, PARECÍA ESTAR DE UN HUMOR EXCELENTE.

—¡NO OS PODÉIS NI IMAGINAR LO FELIZ QUE ESTOY DE CONOCEROS! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja.

El anfitrión, muy cariñoso y simpático, les dio un fuerte abrazo y achuchó a Perrock y Gatson.

—OS PRESENTO A MI QUERIDA FAMILIA —continuó el célebre escritor—. Las seis personas que nos acompañarán SON TAN IMPORTANTES PARA MÍ como mis órganos vitales. Empezaré por el corazón: ¡MI ESPOSA, HENNA!

Henna era una señora de unos sesenta años, alta y muy elegante.

—Un placer —los saludó con una sonrisa, y se giró hacia su marido —. ¿NO DEBERÍAS ARREGLARTE UN POCO, CARIÑO?

—¡Qué va! —exclamó él—. Sois las personas en las que confío más en este mundo.

David Cagallians siguió presentando a los demás con una sonrisa en la cara.

ANNELI, SU HERMANA, era igual que él pero en mujer: rechoncha y vivaracha como David, pero más bajita y con pelo. Debía de ser la cocinera, porque llevaba un delantal y depositó encima de la

mesa una inmensa bandeja con un pavo gigantesco.

El siguiente fue el joven JOHN, delgado y con gafitas. ERA SU APRENDIZ DE ESCRITOR y el encargado de llevarle las redes sociales.

La cuarta fue Andrea, la única persona que no vivía en el castillo. La agente literaria de David Cagallians iba vestida a la última moda con gafas de sol. Parecía muy ocupada y todo el rato estaba pendiente del móvil.

Los dos últimos fueron Aleksis, al que ya habían conocido porque los había llevado en coche, y su esposa Taimi, una mujer bajita y delgada que parecía diminuta en comparación con su inmenso marido. Ellos dos eran empleados de la casa, pero también se sentaron a la mesa para disfrutar del festín.

La comida estaba riquísima y David Cagallians era un hombre muy gracioso que no paraba de contar chistes y hacer bromas. Hizo una bolita con una miga de pan, la metió dentro del vaso de agua de John y este se la tragó entera sin darse cuenta cuando bebió. El hombre se rio a carcajada limpia ante el enfado del aprendiz de escritor.

Diego y Julia no pudieron evitar reírse, pero su esposa, Henna, lo regañó como a un niño pequeño y trató de cambiar de tema para calmar los ánimos.

—ME HAN DICHO QUE SOIS DE BARCELONA, UNA CIUDAD MARAVILLOSA —les comentó a Diego y Julia—. Podríamos ir a visitarla, David…

—Allí también es invierno: hace frío —se excusó él.

—Pero no tanto como aquí —contestó la mujer—. Y allí las noches no se alargan durante veinte horas.

Estaba en lo cierto. En el salón había una chimenea con un gran fuego y se estaba calentito, pero fuera hacía un frío polar y todo estaba oscuro.

—Tal vez podríamos viajar al sur de España o a las islas Canarias, donde el clima es espectacular y hay playas preciosas —continuó Henna—. O a Grecia. Ese país es un auténtico paraíso…

—IMPOSIBLE —respondió David poniéndose serio de repente —. Un escritor necesita tranquilidad y vivir en un lugar frío y aburrido. Tantas playas bonitas me distraerían.

Henna no contestó, pero parecía claramente decepcionada con la respuesta de su marido y pasó el resto de la velada en silencio.

Comieron hasta hartarse y se pusieron ciegos con los dulces y turrones que había de postre. Después del café, David se levantó de la mesa.

—HORA DE TRABAJAR, CHICOS —dijo—. Vamos a escribir el cuento de Navidad.

Todos lo siguieron fuera del comedor y avanzaron por los fríos pasillos del castillo. David Cagallians hizo pasar a su despacho a Julia, Diego, Perrock y Gatson, pero detuvo a John cuando estaba a punto de entrar.

—Lo siento, John, solo voy a trabajar con estos dos chicos…

—Pero ¡si soy tu aprendiz de escritor! —se quejó él—. Llevas un montón de tiempo sin escribir nada y, cuando por fin empiezas un nuevo libro…, ¿vas a dejarme al margen?

—LO SIENTO —repitió David Cagallians, y cerró la puerta del despacho.

De fondo, se oyeron las maldiciones de John mientras se alejaba por el pasillo.

El célebre escritor se sentó en una butaca y suspiró, abatido tras la discusión con su aprendiz.

—ES UN GRAN HONOR Y UN ORGULLO PARA NOSOTROS COLABORAR CONTIGO —dijo Julia para aliviar la tensión.

—Aún no nos creemos la suerte que tuvimos de encontrar el billete dorado —añadió Diego.

A Cagallians le cambió la cara. De repente, empezó a llorar.

—OS PIDO PERDÓN —empezó entre lágrimas—. Me temo que no fue suerte. Fui yo quien os envió la tableta de turrón con el billete dorado.

Capítulo 5

David Cagallians era un hombre tan alegre que resultaba muy pero que muy extraño verlo llorar. Cuando se recuperó un poco, Perrock se tumbó a sus pies boca arriba para que el escritor le acariciara la tripa y así activara su don. Tenían que entender qué estaba pasando. Cagallians picó el anzuelo, empezó a rascarle la barriga y Perrock conectó de inmediato con sus sentimientos.

—Me da mucha vergüenza decirlo, pero la verdad es que hice

trampas con lo del billete dorado —confesó Cagallians entre lágrimas, mientras seguía acariciando la tripa de Perrock—. Como os decía, me las arreglé para que la tableta de turrón llegara hasta vosotros…

—¡¿POR QUÉ?! —preguntó Diego.

—Pues porque sois investigadores del Mystery Club —dijo él —. Y muy buenos, además. Os necesito, chicos.

—**No solo dice la verdad** —ladró Perrock, visiblemente afectado —, **sino que está muy triste. Nunca había conectado con alguien tan afligido: tenemos que ayudarle como sea.**

Los dos hermanos intercambiaron una mirada de preocupación.

—EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO —pidió Julia.

Cagallians se sonó antes de volver a hablar.

—Todo comenzó en un día de Navidad como hoy, hace cincuenta años. YO TENÍA DIEZ AÑOS Y ENCONTRÉ BAJO EL ÁRBOL DE NAVIDAD UNA PEQUEÑA CAJA DE MÚSICA. Ese regalo me cambió la vida para siempre. Cada vez que escuchaba esa música, mi mente se convertía en un volcán. Tenía un montón de ideas y mi cabeza no podía parar de inventar historias. Mis cuentos y redacciones maravillaban a mis profesores y siempre me ponían un diez. —El escritor hizo una pausa y suspiró—. Leí un montón de libros y aprendí a escribir. Cuando cumplí veinte años publiqué mi primera novela y me convertí en un escritor profesional. ESCRIBIR HISTORIAS ME RESULTABA MUY FÁCIL. Cada día escuchaba la melodía de la cajita de música y las ideas acudían a mi mente sin esfuerzo. Pero hace dos años la CAJITA DE MÚSICA DESAPARECIÓ y a partir de entonces todo cambió. De repente, ya no tenía buenas ideas y solo se me ocurrían tonterías sin sentido. Estoy bloqueado. Acabado. SIN MI CAJITA DE MÚSICA NO PUEDO ESCRIBIR NADA.

Diego y Julia le escucharon con suma atención. Volvían a ser investigadores del Mystery Club.

—¿QUÉ CREES QUE OCURRIÓ CON LA CAJITA DE MÚSICA? —preguntó Diego.

—ALGUIEN ME LA ROBÓ —contestó David Cagallians —. Y lo más triste de todo es que el ladrón ha de ser uno de mis seres más queridos. Los habéis conocido a todos durante el banquete. EL LADRÓN TIENE QUE SER UNA DE LAS SEIS PERSONAS QUE HOY SE HAN SENTADO A LA

MESA PARA CELEBRAR LA NAVIDAD. Solo ellos conocen la existencia de la cajita de música y lo importante que es para mí. LOS HE REUNIDO A PROPÓSITO. Nuestra única ventaja es que ninguno de ellos sabe que, en realidad, vosotros dos sois investigadores del Mystery Club.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrar al ladrón —prometió Julia—. Mientras tanto, nadie debe conocer el verdadero motivo por el que hemos venido aquí. CADA TARDE NOS REUNIREMOS EN ESTE DESPACHO Y FINGIREMOS QUE ESCRIBIMOS EL CUENTO DE NAVIDAD.

—GRACIAS, CHICOS —dijo David—. No sé cómo agradecéroslo…

—Espera a que hayamos encontrado al culpable para agradecérnoslo —contestó Diego—. ME TEMO QUE ESTE CASO NO SERÁ NADA FÁCIL…

Capítulo 6

Diego y Julia pasaron la tarde en el despacho de David Cagallians. Se suponía que estaban escribiendo un libro, pero en realidad estaban investigando el robo de la cajita de música.

Los dos medio hermanos hicieron un sinfín de preguntas y tomaron muchas notas, pero no sacaron nada en claro.

—El autor del robo es Papá Noel —sentenció Gatson—. Ha vuelto para llevarse lo que una vez trajo él mismo a esta casa. ¿Por qué no lo incluís en la lista de sospechosos?

—Porque lo que dices es una auténtica burrada —contestó Diego—. Papá Noel no es un ladrón y nunca se lleva sus propios regalos…

—Siempre acierto —insistió Gatson—. Ponedlo en la lista.

El gato se puso tan pesado que tuvieron que incluir a Papá Noel en la lista de sospechosos para que se callara, pero ni Julia, ni Diego, ni Perrock se tomaban en serio aquella posibilidad mientras interrogaban a David Cagallians.

—¿Quién de los seis podría tener algún motivo para robar la cajita de música? —le preguntó Diego al escritor.

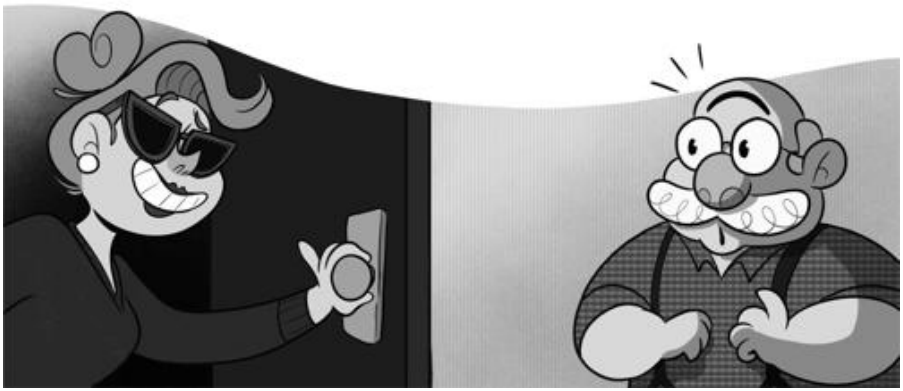
—Siete —maulló Gatson—. No te olvides de Papá Noel.

—Ninguno de ellos —contestó Cagallians, que no entendía los maullidos de Gatson—. Quiero muchísimo a esas seis personas y solo les deseo lo mejor. ¡Y ellos a mí! O eso creía… No me explico por qué alguno de ellos querría perjudicar mi carrera de escritor. Siempre he sido muy generoso con ellos.

Era obvio que David era un hombre bondadoso, pero tenía un montón de manías y supersticiones. La cortina de su despacho tenía que estar corrida justo hasta la mitad de la ventana, y se quitaba y ponía las pantuflas tres veces siempre que se sentaba en su butaca, que nadie más, aparte de él, podía siquiera tocar.

La única persona que interrumpió la reunión fue Andrea, su agente literaria. La mujer llamó a la puerta con suavidad y entró en el despacho.

—¿PUEDO HABLAR UN MOMENTO CONTIGO, DAVID? —dijo con una voz dulce y empalagosa—. Necesito que el escritor más guapo y listo del mundo me firme unos papeles…



—¡AHORA NO, ESTOY CREANDO! —gritó David Cagallians de mala gana, aunque no estaban creando absolutamente nada.

—ENTONCES YA HABLAREMOS LUEGO, GUAPO —dijo ella, con una sonrisa forzada, y oyeron sus tacones alejándose por el pasillo.

A Julia no le gustaba nada esa mujer. LE PARECÍA MÁS FALSA QUE UN BILLETE DE MONOPOLY. David Cagallians no era demasiado guapo, pero no era eso lo que le hacía saltar las alarmas…, sino el tono con el que hablaba. Julia sospechó que le hacía la pelota por algún motivo oculto.

Al cabo de unas horas, dieron por terminada la reunión y Julia y Diego se retiraron a su habitación para deshacer las maletas. Mientras guardaban la ropa en el armario, empezaron a discutir sobre el caso.

—HAY QUE INVESTIGAR A ANDREA, LA AGENTE LITERARIA —propuso Julia—. Esa señora esconde algo…

—ESO ES UNA BURRADA —replicó Diego—. ¿Acaso no has leído el manual básico del buen investigador? Los criminales siempre tienen un motivo para cometer un delito, y no es lógico que Andrea sea la culpable. Es su agente literaria y se enriquece cada vez que Cagallians escribe un libro. Quitarle la cajita de música para que no

escriba sería como tirar a la basura un montón de dinero.

—AUN ASÍ, VOY A INVESTIGARLA —aseguró Julia.

—Pierde el tiempo tanto como quieras —repuso Diego—. Para mí está claro quiénes son los únicos tres sospechosos. Aleksis y Taimi, los sirvientes, viven mejor desde que Cagallians no escribe porque ya no los despierta por la noche para pedirles un chocolate caliente. Y luego está Henna…

—¡¿SOSPECHAS DE SU ESPOSA?! —exclamó Julia—. Es una mujer adorable…

—Cierto, pero ella quiere ir de vacaciones a Barcelona con su marido y no puede porque David Cagallians está empeñado en escribir libros a todas horas. Tiene un motivo para que él deje de ser escritor…

—¿Y qué hay de Papá Noel? —preguntó Gatson—. ¿Es que nadie va a investigarlo?

NI SIQUIERA SE MOLESTARON EN CONTESTARLE. Era evidente que no.

LOS SIETE SOSPECHOSOS
HENNA
ESPOSA
ANNELI
HERMANA
ANDREA
AGENTE LITERARIA
JOHN
APRENDIZ
DE ESCRITOR
TAIMI
MIEMBRO
DEL SERVICIO
ALEKSIS
MIEMBRO
DEL SERVICIO
PAPÁ NOEL
VECINO

Capítulo 7

Diego entró en la cocina cargando con Gatson en una mochila para bebés. El gato se había ofrecido voluntario para ayudarle en la investigación cuando supo que iría a ver a Anneli, la hermana de David. La mujer estaba faenando vestida con un delantal.

—Buenas tardes, Anneli —dijo Diego—. Gatson está hambriento. ¿NO TENDRÁS ALGO PARA QUE PUEDA MERENDAR?

—¡Uy, qué minino tan goloso! —exclamó la mujer con una gran sonrisa—. HA SOBRADO PAVO DE LA COMIDA. ¿Te apetece un poco?

—Dile que sí —maulló Gatson—. Es el pavo más tierno y jugoso que he probado en mi vida. Tenemos que convertirnos en criminales, secuestrar a esta mujer y llevárnosla a Barcelona para que cocine para nosotros.

Anneli cortó un generoso trozo de pavo, lo calentó y lo troceó para que fuera más fácil de comer. Gatson empezó a devorarlo con ansia.

—DEBE DE SER INCREÍBLE TENER UN HERMANO TAN GENIAL COMO EL TUYO —comentó Diego para romper el hielo.

—Oh, sí, me encantan sus novelas —dijo ella—. Las he leído todas, algunas de ellas varias veces. Creo que soy su fan número uno.

—¿Y NUNCA HAS ESCRITO NADA?

—Me encanta leer y escribir —confesó la mujer—, pero mis escritos no son nada buenos. Solo lo hago como afición, para pasar el rato.

Diego asintió educadamente y se decidió a abordar el tema que le interesaba de verdad.

—¿Y su esposa, Henna? También debe de sentirse muy orgullosa…

—Mucho —contestó Anneli—, pero creo que tiene ganas de que David se retire. A mí me gusta vivir en esta casa todo el año, pero ella preferiría viajar y ver mundo con él.

Era evidente que Henna tenía un motivo muy claro para quitarle la caja de música.

Diego esperó a que Gatson se acabara la ración de pavo y salieron de la cocina, dispuestos a seguir investigando a la esposa del escritor. Encontraron a Henna en el salón leyendo una revista de viajes exóticos.

—¿PLANEANDO ALGÚN VIAJE? —preguntó Diego.

—Me encantaría ir a Kenia con David —respondió ella—. Dicen que allí la luna nueva es como una sonrisa y que el cielo está lleno de estrellas. Sería un sueño hecho realidad.

—¿Y POR QUÉ NO VAIS? DAVID VENDE MUCHOS LIBROS Y SEGURO QUE OS LO PODÉIS PERMITIR…

—El dinero no es el problema —dijo la mujer—. Fuimos a Tailandia de viaje de bodas hace treinta años y se pasó todos los días encerrado en el hotel escribiendo. Fue nuestro primer y último viaje. David necesita escribir libros para ser feliz. Y AHORA ESTÁ BLOQUEADO. Sé que el pobre lo está pasando mal y no sé qué hacer para apoyarle. Creo que viajar un poco le iría bien, pero siempre me pone excusas. Espero que tu hermana y tú le ayudéis.

DIEGO SE FROTÓ LA BARBILLA, PENSATIVO. Ojalá hubiera tenido a Perrock a su lado durante aquella conversación para poder conocer los verdaderos sentimientos de la mujer. Por un lado, era evidente que Henna tenía un motivo para que su marido dejara de escribir, pero, por el otro, parecía sinceramente preocupada por él.

Capítulo 8

Julia y Perrock avanzaron a escondidas por el castillo con los ojos bien abiertos y los oídos atentos. Tras oír unos pasos que se acercaban, se ocultaron detrás de una armadura medieval. Momentos después, John pasó por su lado sin darse cuenta de que estaban allí. El joven aprendiz de escritor parecía enfadado y caminaba rápido. Se paró delante de una puerta y la golpeó con los nudillos.

—¡Andrea, quiero hablar contigo, por favor! —dijo el chico.

—¡AHORA NO, ESTOY OCUPADA! —contestó la voz de la agente literaria de Cagallians.

John ignoró la respuesta y entró en la habitación.

Julia reaccionó enseguida. Salió del escondite y corrió hasta la habitación con la espalda pegada a la pared. La puerta había quedado entreabierta y Julia era capaz de oír la conversación sin ser vista.

—¿HAS PODIDO LEER LA NOVELA QUE TE ENVIÉ? —preguntó John.

—Aún no, he estado muy ocupada…

—¿Haciendo qué? —preguntó él, enfadado—. ¿Qué estás leyendo ahora?

Julia asomó la cabeza y vio que Andrea tenía en la mesa un manuscrito. John, que se había quitado las gafas, tenía los ojos vidriosos.

—ESTOY LEYENDO LA NOVELA DE UNA AUTORA QUE QUIERE QUE LA REPRESENTE —contestó ella—. Cuando la acabe, leeré la tuya.

—¡¿Y por qué ella va antes que yo?! —se quejó John—. Soy un amigo personal de David Cagallians, tu mejor autor…

—Lo siento, pero esa escritora es más importante que tú, cariño —replicó ella—. Además, solo eres un jovenzuelo.

—¡Un jovenzuelo que ha aprendido los mejores trucos del gran David Cagallians! —exclamó—. ¡MI MAESTRO ESTÁ ACABADO! ¡YO SOY EL FUTURO DE LA LITERATURA! Cuando leas mi novela, te arrodillarás a mis pies suplicándome que firme con tu agencia. ¡Ya verás!

—Cuando la lea —dijo Andrea con desgana—. Ahora sal de mi habitación, por favor.

John se fue tan ofendido que ni siquiera se percató de que Perrock y Julia estaban junto a la puerta.

Los dos investigadores se quedaron callados. Julia espió a través de la puerta entreabierta y vio que la agente literaria estaba leyendo el manuscrito e iba renegando en voz alta. Al parecer, la novela no le gustaba lo más mínimo.

—¡QUÉ LIBRO TAN MALO! —exclamaba, hablando sola—. Ese personaje ya se había muerto en la página número veinticinco. ¿Cómo puede ser que vuelva a salir ahora?

Julia se agachó junto a Perrock, pensativa.

—John ha dicho que había aprendido todos los trucos de David Cagallians —susurró ella—. ¿Crees que escuchar la cajita de música antes de ponerse a escribir podría ser uno de ellos?

—**John tiene un motivo** —ladró Perrock—. **Quiere ser escritor y tal vez pensara que con la cajita de música de Cagallians podría llegar a serlo…**

—¡EH! ¿QUIÉN ANDA AHÍ? —los interrumpió la voz de Andrea.

Julia asomó la cabeza por la puerta.

—Perdón por molestar —se disculpó la chica—. ¿Estás leyendo el futuro libro superventas de tu agencia?

—NO, ESTOY LEYENDO BAZOFIA PURA Y DURA. ESTA NOVELA APESTA MÁS QUE UNA CLOACA, PERO TENGO QUE ACABARLA POR COMPROMISO —contestó ella—. Le he prometido a la autora que escribiría un informe para evaluarla. ¿Quieres algo?

—Solo quería comentarte que ya hemos terminado la reunión con David —improvisó Julia.

En ese momento la agente literaria tuvo una idea. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y se levantó de la silla para acercarse a Julia.

—Tienes un pelo precioso y unos ojos muy bonitos —le dijo—. Deberías hacerte modelo… —Era evidente que le estaba haciendo la pelota. Quería algo—. ¿Me harías un favor, cariñito? —continuó la agente literaria—. Ve a buscar a tu hermano tan simpático y acompañadme los dos para tener una charla con David.

Julia opinaba que su hermano no tenía nada de simpático, pero aceptó la propuesta de todos modos. Quería saber qué tramaba Andrea.

Capítulo 9

David Cagallians estaba sentado en una butaca reclinable leyendo un libro cuando entraron en su despacho.

—Tengo que darle una gran noticia al escritor más maravilloso y guapo del mundo —anunció Andrea con entusiasmo—. ¡NETFLIX QUIERE ADAPTAR TU COLECCIÓN DE NOVELAS «SABUESOS PATICOJOS»! ¡Y quiere hacerlo a lo grande! ¡Contratará a los mejores directores, productores, actores y guionistas, e invertirá el mayor presupuesto de la historia de la plataforma!

El escritor resopló antes de contestar. No parecía ilusionado con la idea.

—Llevas dos años dándome la vara con esa serie para Netflix y sabes muy bien que mi respuesta es…

—¡UN MOMENTO! —lo interrumpió la agente literaria—. Antes podríamos escuchar la opinión de dos de tus mayores fans. ¿QUÉ OPINÁIS DE ELLO, CHICOS?

A Julia no le caía nada bien Andrea, pero tenía que reconocer que aquella noticia era brutal. Adoraba la colección «Sabuesos paticojos».

—¡Sería una pasada! —exclamó ella—. ¡Un sueño hecho realidad!

—¡Y tanto! —añadió Diego—. Miraríamos todos los capítulos al minuto de ser colgados…

—¿¡Lo ves!? —dijo Andrea—. ¡TUS FANS DESEAN QUE «SABUESOS PATICOJOS» SE CONVIERTA EN UNA SERIE DE NETFLIX!

David Cagallians dejó en una mesita el libro que estaba leyendo y se puso en pie. Se notaba que estaba enfadado, porque la cara se le

había puesto colorada.

—No voy a permitir que ningún director de pacotilla manosee mis libros —sentenció.

—PERO ¡TUS FANS SE MUEREN DE GANAS DE VER LA SERIE! —insistió Andrea—. ¡Y TE PAGARÁN MUCHO DINERO!

—Tengo más dinero del que necesito y, en cambio, lo único que me falta no puede comprarse con dinero. —Resultaba evidente que Cagallians se refería a la cajita de música—. Mi respuesta es…

Esta vez Andrea pareció que estaba a punto de perder la paciencia. Se hinchó como un gorila a punto de golpearse el pecho con los puños y su voz dulzona se convirtió en un rugido lleno de rabia.

—¡MALDITO CAGALLIANS, ERES MÁS TOZUDO QUE UNA MULA! —gritó la agente—. ¡Estás bloqueado desde que te negaste a firmar el contrato con Netflix! Y no conseguirás escribir absolutamente nada hasta que no me firmes estos papeles…

Andrea le mostró el montón de folios que tenía en la mano y, acto seguido, salió del despacho pegando un portazo descomunal.

Todos los presentes se quedaron en silencio durante unos instantes.

David Cagallians cogió el libro de la mesita y volvió a sentarse en la butaca tan tranquilo.

—TIENE CARÁCTER, ¿EH? —comentó mientras abría el libro—. Aunque no lo parezca, los dos nos queremos un montón…

Diego y Julia no dijeron nada y dejaron que siguiera leyendo. Salieron del despacho pensativos y recorrieron los anchos pasillos de la casa.

—¿PIENSAS LO MISMO QUE YO? —preguntó Julia.

—Podría haber sido ella —reconoció Diego—. Le quitó la cajita de música porque se negaba a firmar el contrato con Netflix y no se la devolverá hasta que lo haga.

LOS SIETE SOSPECHOSOS
HENNA
ESPOSA
MOTIVO: VIAJAR CON SU MARIDO
MOTIVO: DESCONOCIDO
ANNELI
HERMANA
ANDREA
AGENTE LITERARIA
MOTIVO: SER ESCRITOR
JOHN
APRENDIZ DE ESCRITOR
MOTIVO: FIRMAR SERIE CON NETFLIX
TAIMI
MIEMBRO DEL SERVICIO
MOTIVO: DORMIR POR LA NOCHE
ALEKSIS
MIEMBRO DEL SERVICIO
MOTIVO: DORMIR POR LA NOCHE
PAPÁ NOEL
VECINO
MOTIVO: GATSON ES UN PESADO

Capítulo 10

Julia se paseaba por la habitación con las manos detrás de la espalda y Diego estaba sentado en la cama frotándose las sienes.

—ESTAMOS EN UN CALLEJÓN SIN SALIDA —afirmó Julia—. Sin contar a Papá Noel, cinco de los seis sospechosos tienen un motivo para haber robado la cajita de música, pero ni siquiera me atrevo a descartar a Anneli, la hermana.

—YO TAMPOCO —admitió Diego—. ¿Qué hacemos entonces?

Nadie dijo nada durante unos instantes.

—Ya os he dicho cien veces que Papá Noel es el culpable, pero también podríamos limitarnos a disfrutar de la maravillosa comida que nos dan en esta casa —propuso Gatson.

Todos actuaron como si no le hubieran oído.

—**Solo tenemos una opción** —ladró Perrock—. **Es arriesgada, pero no nos queda otra. Lo más probable es que el ladrón aún tenga en su poder la cajita de música. Tenemos que registrar las habitaciones de los sospechosos hasta encontrarla.**

CIERTAMENTE ERA UN PLAN ARRIESGADO, PERO POR LO MENOS ERA UN PLAN.

Capítulo 11

Julia y Perrock tenían que ocuparse de registrar las habitaciones de tres de los sospechosos: Henna, John y Andrea.

Aprovecharon que Henna estaba en el salón leyendo una revista de viajes y que Cagallians había salido a dar un paseo para colarse en el dormitorio del matrimonio. Julia y Perrock fueron minuciosos. Registraron todos los cajones y armarios detenidamente, pero no encontraron ni rastro de la cajita de música.

FRUSTRADOS, ENTRARON EN UNA SEGUNDA HABITACIÓN. Como Andrea estaba hablando por teléfono en la única zona del castillo donde había cobertura, se escabulleron en su cuarto y hurgaron entre sus cosas. Julia incluso encontró un estuche dorado en el falso fondo de su maleta de mano. En el interior había joyas muy valiosas, pero tampoco había rastro de la cajita de música.

El tercer sospechoso que tenían que investigar era John.

—CREO QUE ESTA VEZ TENDREMOS SUERTE —dijo Julia—. Me parece que John es el culpable. Es muy ambicioso. Seguro que robó la cajita de música y por eso se cree un escritor tan bueno.

—**Vamos a comprobarlo** —ladró Perrock.

Llamaron a su habitación, pero no obtuvieron respuesta, así que se colaron y empezaron a registrarla.

El chico ya llevaba más de dos años instalado en el castillo y había acumulado un montón de cosas. Inspeccionaron armarios, estanterías y cajones sin éxito. JULIA ESTABA TAN DESESPERADA QUE INCLUSO LEVANTÓ EL COLCHÓN DE LA CAMA PARA EXAMINAR LO QUE HABÍA DEBAJO.

—¡Viene alguien! —avisó Perrock.

Justo en ese momento se abrió la puerta.

Era John. El joven aprendiz de escritor primero reaccionó con sorpresa, pero al darse cuenta de lo que ocurría arqueó las cejas con enfado.

—¡¿Se puede saber qué haces en mi habitación?!

—NO ES LO QUE PARECE —se disculpó Julia con un hilo de voz, pero sabía que la habían pillado con las manos en la masa.

—¡MISERABLE LADRONA! —escupió John, furioso—. ¡Exigiré a Cagallians que te eche de su casa!

Capítulo 12

—Yo entretendré a Anneli en la cocina mientras tú registras su habitación —maulló Gatson.

DIEGO SABÍA QUE SOLO ERA UNA EXCUSA. Lo único que el gato quería era hartarse de comida mientras él hacía todo el trabajo, pero aceptó la propuesta de todos modos.

Diego se coló en la habitación de la hermana de David y empezó a registrarla minuciosamente. La mujer era muy ordenada. TENÍA UN ESCRITORIO CON MUCHOS LIBROS, UN PORTÁTIL Y VARIOS PAPELES ANOTADOS.

Nada interesante.

En los armarios tampoco encontró nada fuera de lo común salvo una extensa colección de monedas antiguas. Ni rastro de la cajita de música.

Diego salió de la habitación y pasó por la cocina para recoger a Gatson, que estaba comiéndose un par de huevos que Anneli le había preparado para desayunar.

—NUNCA HABÍA CONOCIDO UN GATO CON TANTO APETITO —comentó la hermana de David al verlo llegar.

—SE CREE QUE ES UN TIGRE, POR ESO COME TANTO —respondió el joven investigador—. ¿Nos vamos, Gatson?

—No, gracias —maulló el gato—. Me quedaré investigando aquí. Sé que a Papá Noel le gusta mucho comer, y tarde o temprano pasará por esta cocina.

Diego resopló, molesto. Sabía que solo era una excusa barata para

escaquearse de lo que tendrían que hacer a continuación. Aleksis y Taimi, el joven matrimonio que trabajaba en el castillo, vivían en una casita dentro de la finca. ESTABA CLARO QUE GATSON PREFERÍA QUEDARSE BIEN CALENTITO EN LA COCINA ZAMPANDO COMO UN GORRINO EN LUGAR DE SALIR AL EXTERIOR.

—Hasta luego —se despidió él.

Diego se fijó en que Taimi estaba ocupada limpiando los cristales del salón. Salió afuera y vio que Aleksis se dedicaba a cortar leña con un hacha. Nevaba y hacía un frío espantoso, pero el hombre iba sin camiseta. No solo era inmenso, sino que estaba muy musculado. ENTRE EL PELO Y LA BARBA PELIRROJA, PARECÍA UN GUERRERO VIKINGO SANGUINARIO.

«Espero que no me pille», pensó Diego.

El joven investigador se escabulló hacia la casita donde vivían Taimi y Aleksis. La nieve le llegaba casi hasta las rodillas y no llevaba un calzado adecuado para la ocasión. Tiritaba de frío y tenía los pies helados cuando comprobó que la puerta estaba abierta.

DIEGO SE COLÓ SIN HACER RUIDO Y EMPEZÓ A REGISTRAR EL INTERIOR. La tarea era complicada porque no solo tenía que inspeccionar una habitación, sino toda una casa. Se puso manos a la obra e intentó ser rápido y meticuloso.

Revisó dos dormitorios, un trastero, la cocina, el baño y el comedor, pero no dio con la cajita de música. Ya se disponía a abandonar la casa cuando la puerta de entrada se abrió de par en par. En el umbral apareció la mastodóntica figura de Aleksis, sin camiseta y con el hacha en ristre.

—¡VOY A CORTARTE EL PESCUEZO,

MEQUETREFE! —le amenazó—. ¿Se puede saber qué haces en mi casa?

Capítulo 13

Julia estaba sentada en una silla del salón con las piernas muy juntas y aire abatido. Estaba convencida de que había tenido muy mala suerte de que John la hubiera pillado hurgando en su habitación. El aprendiz de escritor estaba siendo muy desagradable, llamándola ladrona e insultándola cada dos por tres.

Sin embargo, se sintió afortunada cuando vio que llegaba Diego. TIRITABA DE FRÍO, TENÍA LAS PIERNAS EMPAPADAS Y ESTABA MÁS BLANCO QUE UN FANTASMA. NO ERA DE EXTRAÑAR. Detrás de él, sin camiseta y armado con un hacha, se encontraba Aleksis, con los ojos inyectados de sangre y una mirada salvaje en el rostro.

—Lo he pillado robando en mi casa —dijo Aleksis—. Hay que mandar de vuelta a Barcelona de una patada a este ladronzuelo…

—¡A LOS DOS LADRONZUELOS! —le corrigió John—. Ella también estaba en mi habitación hurgando entre mis cosas…

—¡Alguien también ha entrado en la mía! —añadió Andrea.

Se había armado tal escándalo que los seis sospechosos habían acudido al salón para averiguar qué ocurría.

—¡QUE VENGA EL SEÑOR CAGALLIANS! —pidió Aleksis—. Tiene que saber que estos dos delincuentes se han aprovechado de su hospitalidad para tratar de robarnos.

Taimi se apresuró a salir de la habitación para ir en busca de David.

En ese momento, Gatson entró en el salón paseando tranquilamente con una bola de papel entre los dientes. Saltó sobre Julia y la depositó sobre su regazo.

—He estado investigando mucho toda la mañana —maulló—. Y he encontrado este papel en la basura. Espero que os sirva de ayuda.

Estaba arrugado y era repugnante, con cáscaras de huevo pegadas al papel. Era evidente que el gato lo había recogido a última hora para fingir que había estado trabajando en el caso. Julia arrugó la nariz, asqueada, pero le echó un vistazo de todos modos. De repente, se le iluminaron los ojos ante la inesperada revelación. Se lo mostró a su hermano y él reaccionó de manera idéntica.

—¿A QUÉ VIENE TANTO AJETREO? —preguntó la voz alarmada de David Cagallians.

Capítulo 14

Todo el mundo hablaba al mismo tiempo, apuntando con los dedos a Julia y Diego, y repitiendo una y otra vez la palabra «ladrones».

—¡NO SOMOS LADRONES! —exclamó Julia poniéndose en pie, y a continuación les enseñó el carnet del Mystery Club—. ¡SOMOS INVESTIGADORES DE NIVEL 19!

—Pero tenéis razón en algo —añadió Diego—. En esta sala se encuentra un ladrón.

El anuncio hizo que todos se quedaran callados.

Julia empezó a pasear por la habitación, lanzando miradas acusadoras a todos los sospechosos.

—Uno de vosotros robó el bien más preciado de nuestro anfitrión —dijo ella—. Todos vosotros, sin excepción, sabíais que David Cagallians seguía el mismo ritual desde que tenía diez años. Antes de ponerse a escribir, escuchaba cada día la melodía de una vieja cajita de música y entonces le venían a la cabeza todas esas ideas que él transformaba en maravillosos libros. Hasta que un día uno de vosotros seis se la arrebató…

EL SILENCIO PODÍA CORTARSE CON UN CUCHILLO.

—Henna, te gustaría que tu marido dejara de escribir para poder viajar con él por el mundo, ¿VERDAD? —le preguntó Diego.

La mujer se llevó una mano al pecho.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella—. Pero ¡sé lo importante que es para él escribir! ¡NUNCA LE HARÍA TAL COSA!

—¿Y tú, Andrea? —continuó Diego—. ¿Serías capaz de robarle la cajita de música para forzarle a firmar ese contrato con Netflix?

—¡CLARO QUE NO! —contestó la agente literaria—. Ese contrato le ayudaría en su carrera, pero mi trabajo consiste en apoyar las decisiones que toman los escritores, aunque no me gusten. Nunca le quitaría su cajita de música.

Esta vez Diego miró fijamente a Taimi y a Aleksis antes de continuar con su discurso:

—Vosotros dos vivís mucho mejor desde que Cagallians ha dejado de escribir. Ahora nadie os despierta por la noche para pediros ningún capricho…

—¡JAMÁS LE HARÍAMOS ESO A DAVID! —se defendió Taimi—. No solo es nuestro jefe, sino también nuestro amigo.

—Todos tenéis razón: sois inocentes —sentenció Julia—. El culpable es alguien que se ha apoderado de la cajita de música para convertirse en un escritor de éxito…

Todas las miradas se posaron en John.

—¡ESTO ES UNA CHORRADA! —exclamó el aprendiz de escritor—. ¿Es que no os dais cuenta? Esa cajita de música no sirve para nada. David Cagallians está lleno de manías y se cree que ese objeto le ayuda a escribir, pero no es más que una de sus obsesiones absurdas. Él es un gran escritor porque trabaja mucho y tiene una imaginación prodigiosa, nada más. ¡LA CAJA DE MÚSICA NO SIRVE PARA NADA!

—Totalmente cierto —dijo Diego—. Pero no eres el único aspirante a escritor de esta sala…

Solo quedaba Anneli, la hermana.

Julia mostró el papel arrugado que Gatson había sacado de la basura.

—ESTO ES UN INFORME DE LECTURA —explicó ella —. Aquí se valora el nivel literario de la novela La morsa fofa, escrita por Anneli Cagallians. La agente literaria Andrea firma el documento asegurando que la novela no merece ser publicada.

—ES CIERTO —admitió Andrea—. Anneli me envió su novela, pero no creo que tenga nada que ver con el robo de la cajita de música…

Sin embargo, en ese momento Anneli empezó a llorar a moco tendido y se tapó la cara con ambas manos. La imagen impresionaba. Estaban todos acostumbrados a verla siempre alegre y sonriente, y ahora un gran dolor se reflejaba en su rostro afligido.

Se hizo otro silencio.

SOLO SE OÍAN LOS ANGUSTIADOS SOLLOZOS DE ANNELI.

La mujer sacó una cajita de música del bolsillo del delantal. No había ninguna duda: era la que le había robado a su propio hermano.

—LO SIENTO —dijo con los ojos bañados en lágrimas.

David Cagallians se acercó a su hermana y se arrodilló junto a ella, emocionado.

—¿POR QUÉ LO HICISTE? —preguntó él cogiéndole las manos con ternura.

—NO QUERÍA HACERTE DAÑO —sollozó Anneli—. Pero me hacía ilusión publicar un libro, como tú. De niños, cuando encontraste este regalo de Navidad debajo del árbol, no llevaba ningún nombre. Podría haber sido para mí, pero tú fuiste más rápido y te lo quedaste. Pronto empezaste a escribir cada vez mejor. TE TENÍA ENVIDIA. Era envidia sana, porque me alegraba de tus éxitos, pero soñaba con ser escritora. Por eso te quité la cajita, para cumplir el sueño de publicar un libro. ¿PODRÁS PERDONARME?

David Cagallians tenía los ojos húmedos por la emoción, pero esbozó una sonrisa llena de amor.

—NO TENGO QUE PERDONARTE NADA —dijo él—. Tenías el mismo derecho que yo a quedarte la cajita…

Los dos hermanos se dieron un sentido abrazo. A su alrededor, todos estaban conmovidos. Diego y Julia fueron los primeros en aplaudir. Y, entonces, todos los demás se les añadieron.

Capítulo 15

—¡ES UNA AUTÉNTICA BESTIA PARDA! —exclamó Diego—. Cagallians oyó la melodía navideña de la cajita de música y chasqueó los dedos. «Tengo una idea», nos dijo al instante, «a ver qué os parece». Y, por supuesto, era una de sus ideas geniales…

—Leer sus libros es una delicia —intervino Julia—, pero verlo en acción es aún más impresionante. Es un auténtico genio, ojalá siga escribiendo libros durante muchos años más…

—El genio soy yo —maulló Gatson—. Fui yo quien resolvió el caso al encontrar el informe de lectura en la papelera.

—¡PURA CHAMBA! —le recriminó Julia—. ¡Y no paraste de darnos la vara con aquella absurda sospecha sobre Papá Noel!

Era la noche de Reyes y la familia al completo estaba preparada para dar buena cuenta del delicioso roscón que tenían delante de ellos.

LA SEÑORA FLETCHER TAMBIÉN ESTABA ALLÍ COMO INVITADA.

—Ya sabéis que este caso no puede salir a la luz a petición de David Cagallians —dijo la veterana investigadora del Mystery Club—, pero eso no es excusa para no premiaros: ¡A PARTIR DE AHORA SERÉIS INVESTIGADORES DE NIVEL 20!

Diego y Julia lo celebraron como pudieron, porque lo cierto es que habían regresado de Laponia algo magullados. DIEGO TENÍA EL BRAZO IZQUIERDO ESCAYOLADO HASTA EL HOMBRO Y JULIA TENÍA EL TOBILLO DERECHO

VENDADO Y NECESITABA MULETAS PARA CAMINAR. Los hermanos aseguraban que se habían lesionado accidentalmente, pero era evidente que habían tenido alguna que otra feroz pelea durante la escritura del libro con Cagallians.

Entonces sucedió lo que habían estado esperando: sonó el timbre de casa y los dos hermanos se abalanzaron sobre la puerta para recibir a sus distinguidos invitados.

David Cagallians y su esposa, Henna, entraron por la puerta con una inmensa sonrisa en la cara. David llevaba una caja llena de libros.

—Andrea se ha esforzado mucho para conseguir editarlo en tan poco tiempo, pero ya está listo —dijo él.

JULIA Y DIEGO CONTEMPLARON LA PORTADA DEL LIBRO. Se titulaba *La cajita de música* y sus nombres aparecían al lado del mismísimo David Cagallians.

—QUIERO UN EJEMPLAR CON LA FIRMA DE LOS AUTORES —pidió la señora Fletcher, y tanto Diego como Julia se sintieron muy orgullosos de estampar su firma en el ejemplar que le regalaron.

TODOS SE SENTARON ALREDEDOR DE LA MESA PARA DEGUSTAR EL ROSCÓN DE REYES. Había dos objetos ocultos en el interior del pastel: una figurita de un rey mago y un haba cruda. PERROCK FUE EL AFORTUNADO DE ENCONTRAR LA FIGURITA DEL REY Y LE PUSIERON UNA CORONA DE PAPEL EN LA CABEZA. El que encontrara el haba tendría que pagar el roscón de reyes del año siguiente, pero no aparecía por ningún lado.

LA CAJITA DE MÚSICA
David Cagallians
Julia y Diego

—Estoy muy feliz de visitar Barcelona —dijo David Cagallians—. Es una ciudad maravillosa y la estoy disfrutando mucho. Le he prometido a Henna que a partir de ahora haríamos dos viajes al año…

—Tres —apuntó Henna.

—Cierto, tres viajes. —David sonrió—. Y no solo eso. Tengo más noticias buenas. ANDREA HA CONSEGUIDO QUE JOHN PUBLIQUE SU PRIMERA NOVELA. Y también he hecho algunos cambios en mi vida. He aprendido a prepararme yo solo un chocolate caliente, he firmado el contrato con Netflix para que adapten «Sabuesos paticojos» y voy a ayudar a mi hermana a reescribir *La morsa fofa*. LA NOVELA TIENE MUCHAS IDEAS FABULOSAS, SOLO NECESITA ALGUNOS PEQUEÑOS CAMBIOS PARA QUE PUEDA CONVERTIRSE EN UN GRAN ÉXITO.

La sala estaba llena de experimentados investigadores del Mystery Club, pero nadie supo jamás qué había pasado con el haba desaparecida. TODO PARECÍA INDICAR QUE LOS PASTELEROS HABÍAN OLVIDADO PONERLA DENTRO DEL ROSCÓN.

GATSON, LAMIÉNDOSE LOS BIGOTES, ERUCTÓ CON FUERZA. El haba cruda era pesada, pero se la había tragado entera, no fuera a ser que alguien le obligara a pagar el roscón del año siguiente.

AQUÍ HUELE A MISTERIO... ¿O NO?

¡SIGUE LA PISTA DE ESTA INTRIGANTE COLECCIÓN!

CUANDO EL MISTERIO LLAME A TU PUERTA, TÚ LLAMA A PERROCK.

PERROCK HOLMES

AQUÍ HUELE A MISTERIO... ¿O NO?

¡SIGUE LA PISTA DE ESTA INTRIGANTE COLECCIÓN!

CUANDO EL MISTERIO LLAME A TU PUERTA, TÚ LLAMA A PERROCK,

PERROCK HOLMES

Perrock Holmes es la serie de detectives juvenil con mucho suspense, aventura y grandes dosis de humor.

Cuando el misterio llame a tu puerta, tú llama a Perrock, Perrock Holmes.

Julia y Diego han encontrado el billete dorado que había escondido en una tableta de turrón. ¡Se van a Laponia a pasar las Navidades con el gran escritor David Cagallians! Pero cuando llegan, nada es tan perfecto...

Estos son los HECHOS:

David Cagallians está en un bloqueo creativo porque alguien le ha robado la cajita de música que le inspira a escribir.

Estas son las PISTAS:

solo las personas más cercanas conocían la existencia de su amuleto: familiares, trabajadores, Papá Noel...

ESTAS NAVIDADES HUELEN A MISTERIO... ¿O NO?

Isaac Palmiola (1979) vive y escribe en Barcelona. Filólogo de formación y escritor de vocación, ha trabajado para la televisión y el cine. Actualmente alterna su faceta de novelista con las clases que imparte en la Escuela de escritura del Ateneu barcelonés. La colección juvenil «Secret Academy» fue un éxito de ventas y encantó a los libreros.

Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, Isaac Palmiola
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Núria Aparicio, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: Núria Aparicio

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19501-40-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: penguinkidsES
X: @penguinkisES
Instagram: @penguinkidsES
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Noche de paz, noche de misterio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Si te ha gustado este libro, no te pierdas…

Sobre este libro

Sobre Isaac Palmiola

Créditos